

LITERATURA AFRICANA

LAS TRES HERMANAS E ITRIMUBÉ

Erase una vez un hombre y una mujer que tenían tres hijas. La más pequeña se llamaba Ifara y era entre todas la más bonita. Una noche Ifara soñó y, al despertar del día siguiente, contó el sueño a sus hermanas.

- Yo soñé - les dijo - con el Hijo del Sol, que descendía de los cielos para buscar esposa en la tierra y, ¿lo creeréis?, fui yo la elegida por esposa entre todas las mujeres.

Las dos hermanas, celosas, se disgustaron al escuchar el sueño de Ifara y se dijeron:

- ¡En verdad, ella es mucho más bonita que nosotras dos, y quién sabe si un poderoso y gran señor llegará para desposarse con ella! Es preciso deshacerse de ella. Pero antes veamos si todas las gentes piensan igualmente de la belleza de Ifara.

Llamaron, pues, a Ifara y la invitaron a com-
ponerse para pasear juntas. Encontraron enseguida a una anciana.

- Oh, buena señora - inquirieron las dos hermanas a coro - ¿cuál de las tres es la más bella?

La anciana respondió:

- Ramatua no está mal; Raivu igualmente es bella; pero es Ifara la más encantadora de todas. Entonces Ramatua despojó a su hermana Ifara de las ropas exteriores. Y encontraron, luego, a un anciano, y le preguntaron:

- Oh, buen hombre, ¿cuál de las tres es la más bella?

El anciano contestó lo mismo que la buena mujer, y Raivu desnudó a Ifara de la ropa interior. Muy pronto encontraron a Itrimubé, monstruo mitad hombre, mitad toro, con una larga cola puntiaguda.

- Ahí está Itrimubé - se dijeron las dos hermanas, y le llamaron a voz en grito:

- Itrimubé, ¿cuál de las tres es la más bella? Itrimubé, rugiendo, contestó:

- No es difícil responder: Ifara es la más bella. Las dos hermanas, llenas de rabia, se dijeron:

- Nosotras no podemos darle muerte, pero la mandaremos coger las legumbres de Itrimubé; él se encolerizará y se la comerá. Con estos propósitos llamaron a Ifara y le dijeron:

- Apostemos cuál de las tres coge las mayores batatas.

- ¿Dónde hay que cogerlas? - preguntó Ifara.

- Allá abajo - contestaron sus hermanas mostrándole los campos de Itrimubé.

- Mas coge solamente las recién granadas. Cuando Ifara entregó sus batatas, vio que las suyas eran mucho más pequeñas que las que sus hermanas habían cogido. Burláronse de ella y le dijeron:

- Anda lista en busca de otras. En el preciso momento en que Ifara dirigióse de nuevo a los campos por mayores batatas, llegó Itrimubé galopando sobre sus cuatro patas; atrápola y dijo en un grito:

- Rico presente, te pesqué; ¿eres tú la que robas mis batatas? Yo te comeré.

- ¡Oh, no, no! - exclamó la desventurada Ifara llorando. - Permítame ser su esposa, y yo te cuidaré con amor.

- Bien, pues - dijo Itrimubé, y se la llevó a su gru-



ta. Mas su idea era la de engordarla para comérsela seguidamente.

Las dos hermanas tornaron a su sano juicio al ver cómo el monstruo se llevaba a Ifara. Y corrieron a su casa para contar a sus padres que Ifara había sido sorprendida por Itrimubé cuando aquélla cogía sus batatas, y que éste la había devorado. Padre y madre lloraron amargamente y sin consuelo por la muerte de su amada hija.

Durante algún tiempo Itrimubé engordó a Ifara; la mantuvo encerrada en su guarida, mientras iba en busca de manjares para darle de comer; el monstruo decía que pronto estaría su presa lo suficientemente gorda y se deleitaba pensando en lo rica que resultaría asada.

Un día que Itrimubé había salido hasta el anochecer, Ifara vio un ratoncillo que, parándose ante ella, le dijo:

- Dame unos granos de arroz, Ifara, y yo te revelaré un secreto.

Ifara le echó unos granos de arroz y el ratoncillo le habló así:

- Itrimubé piensa comerte mañana, mas yo roeré la cuerda que cierra la puerta de tu cárcel y podrás salvarte con la fuga. Lleva contigo un huevo, una escoba, un bastón y una piedra muy redonda y muy lisa, y echa a correr por el lado sur.

Cuando el diminuto ratón hubo cortado la cuerda que cerraba la puerta, Ifara, provista de un huevo, un bastón y una piedra redonda y muy pulida, y dejando un tronco gigantesco de plátano en su lecho, cerró la puerta y echó a correr.

Regresó Itrimubé llevando un caldero y el arma para matar y cocer a Ifara. La puerta estaba cerrada; llamó y gritó, pero nadie contestó a sus llamadas.

- Bien - pensó - ¡Ifara tanto ha engordado que no puede menearse! Tiró abajo la puerta y, corriendo derecho hacia el lecho, hincó el arma en el tronco descomunal de plátano, pensando matar a Ifara.

- ¡Qué gorda está Ifara! - dijo - Mi arma se hunde sin esfuerzo. Retiróla y pasó la lengua por su filo.

- ¡Ifara es todo sebo de tan gorda y resulta insípida! ¡Estará mejor, a buen seguro, asada!

Mas, descubierta el lecho, observó el tronco de plátano, lo que le encolerizó como es difícil de ponderar. Salió de su guarida y husmeando los aires por el Norte: nada; husmeó por el Este: nada; husmeó por el Oeste: nada; hacia el Sur, luego: "¡Ah, esta vez di contigo!"

Y empezó a galopar, y muy pronto alcanzó a Ifara.

- ¡Por fin, ya te atrapé! - gritó.

Ifara tiró a tierra su escoba, y así habló:

- ¡Por mi madre y por mi padre, que esta escoba se convierta en una interminable barrera que Itrimubé no pueda cruzar!

¡Y he aquí que la escoba se alarga y ensancha hasta convertirse en infranqueable barrera!

Pero Itrimubé hincó su larga cola puntiguda por debajo de la muralla hasta que consiguió labrarse un camino y entonces gritó:

- ¡Por fin, ya te atrapé, Ifara!

Ifara tiró a tierra el huevo, y así habló:

- ¡Por mi madre y por mi padre, que este huevo se convierta en un estanque que Itrimubé no pueda salvar!

El huevo se rompió y convirtiéndose en un estanque muy profundo.

Pero Itrimubé empezó a beber hasta que consiguió secar el

estanque; entonces cruzólo y gritó:

- ¡Rico presente: ya te consigo, Ifara!

Entonces Ifara tiró su bastón a tierra, y así habló:

- ¡Por mi madre y por mi padre, que este bastón se convierta en un inmenso bosque que Itrimubé no pueda atravesar!

El bastón convirtiéndose en un bosque donde se en-



trelazaban los árboles.

Pero Itrimubé cortó las ramas con su cola sin dejar un árbol en pie.

- ¡Ahora sí, ya te conseguí, Ifara! gritó.

Pero Ifara tiró su piedra redonda y pulida a tierra y así habló:

- ¡Por mi madre y por mi padre, que esta piedra se convierta en un gran peñasco perpendicular!

La piedra creció, agrandóse y convirtióse en un gran peñasco perpendicular, y fue del todo imposible que Itrimubé trepara por él.

Entonces él gritó:

- ¡tírame una cuerda, Ifara; yo no te haré ningún daño!

- No te levantaré en alto si antes no dejas tu arma plantada en el suelo replicó Ifara.

Itrimubé dejó su arma en el suelo, y la buena de Ifara dio manos a la obra, llevando por los aires, con una cuerda, a su enemigo. Mas tan pronto como vio éste que podía ya alcanzarla, gritó:

- ¡En verdad, en verdad, ahora sí que te tengo, Ifara! Ifara tanto se asustó que soltó la cuerda que tenía en sus manos, e Itrimubé rodó hasta el abismo, donde, al caer sobre su propia arma, halló la muerte.

Ifara no sabía cómo hallar el camino de la casa de sus padres y, sentada sobre el peñasco, lloraba desconsolada. Bien pronto acudió un cuervo y, al verlo cerca, Ifara así le cantó:

“Cuervo, bonito cuervo, si me llevas contigo a mis padres, yo puliré tus negras alas.”

- ¡No - contestó el Cuervo - no, yo no te llevaré, no; no podrás contar que haya sido yo el que frutas verdes comiera! Y llegó luego un milano y así le cantó Ifara:

“Milano, hermoso milano, si me llevas contigo a mis padres, yo puliré tus alas grises.”

- ¡No - contestó el Milano - yo no te llevaré, no! No podrás jamás contar que yo haya comido ratas muertas.

La desventurada Ifara, así abandonada lloraba amargamente, cuando advirtió la presencia de una paloma azul que arrullaba

“reú, reú, reú”, y así le cantó Ifara:

“Paloma, linda paloma, si me llevas contigo a mis padres, yo te puliré tus alas azules.”

- ¡Reú! ¡Reú! ¡Reú! Ven, hermosa niña - arrulló la paloma azul.

- Pláceme compadecerme de los que sufren.

Y la llevó hasta el pozo de sus padres, dejándola sobre la copa de un árbol, junto al brocal del pozo.

Al poco tiempo, una pequeña esclava negra acudió en busca de agua, y, al asomarse al pozo, vio, como en un espejo, la imagen de Ifara, y pensó que era la suya propia.

- Ciertamente - la esclava se dijo - soy demasiado hermosa

para acarrear agua con este vil botijo.

Y lo tiró al suelo, donde se hizo añicos, mientras Ifara decía:

- ¿Mi padre y mi madre gastan su dinero comprando botijos

para que así tú los rompas tan fácilmente?

La esclava miró por doquiera, mas a nadie vio y retornó a casa.

A la mañana siguiente, la pequeña esclava fue con un nuevo cántaro por agua, y también esta vez, vio el rostro de Ifara en el fondo del pozo; con alborozo, gritó:

- ¡No, basta de llevar el cántaro a la fuente; soy demasiado bonita para este menester!

Y, también ahora, rompió el botijo.

Pero Ifara repitió las mismas palabras:

- ¿Mi padre y mi madre gastan su dinero comprando botijos para que así tú los rompas tan fácilmente?

La esclava miró por todos los lados, y, no viendo a



nadie, aceleró el paso hacia la casa de sus dueños, y contó haber oído en el fondo del pozo una voz semejante a la de Ifara.

El padre y la madre echaron a correr, y cuando Ifara los distinguió, descendió del árbol, y los padres lloraron de alegría por tan feliz encuentro.

Los padres de Ifara tanto se enojaron contra las otras dos hermanas que las echaron de casa, viviendo dichosos con Ifara.

AUTOR ANONIMO

TAKISÉ, O EL TORO DE LA VIEJA

Había una vez una vaca que se escapó del rebaño de su amo y se ocultó en un corral abandonado. Nació un lindo ternero y la vaca lo abandonó para volver al antiguo redil.

Y sucedió que una viejecita que por el lado del corral pasaba, vio al lindo ternerillo recién nacido y, compadeciéndose de él, se lo llevó a su casa, donde lo alimentó con salvado, mijo y hierba.

Creció el ternerillo y pronto se convirtió en un toro magnífico.

Un carnicero propuso a la anciana que le vendiese el toro, pero ella se negó rotundamente.

-Takisé (tal nombre le había puesto) no está en venta -respondió.

El carnicero se presentó ante el rey y le dijo:

-Poderoso señor, la vieja Zeynubé tiene un toro magnífico, grande y rollizo, un ejemplar digno de pertenecerle.

El soberano, reconocido glotón, ordenó al punto ir en busca del toro de la vieja Zeynubé. Varios carniceros, al mando de un funcionario del palacio, llegaron a la choza de la anciana.

El funcionario dijo a la anciana:

-El rey ordena que nos entregues el toro para sacrificarlo mañana.

-Cúmplase la orden del rey -contestó la anciana- no puedo oponerme a ella. Pero les ruego una cosa: llévense a Takisé mañana por la mañana.

Accedió el funcionario palaciego. Al día siguiente volvió a presentarse acompañado de los carniceros.

Fueron a coger el toro, pero éste resopló de cólera y se dispuso a cornearlos.

Los matarifes se asustaron, y el funcionario dijo a la anciana: Vieja, ordena al toro que se deje pasar una cuerda por el cuello.

La anciana rogó al animal:

-Takisé, mi querido Takisé, deja que te aten con una cuerda.

El toro accedió.

Lo llevaron a palacio. Una vez allí, lo tumbaron al suelo, le ataron las patas y uno de los matarifes, empuñando un enorme cuchillo, se acercó para degollarlo.

Pero la hoja de acero no pudo cortar ni un solo pelo de Takisé; éste tenía el poder de impedir que el acero penetrase en su cuerpo.

El rey, enojado, hizo comparecer a la anciana, y le dijo:

-Si no consiguen degollar al toro ordenaré que te maten a ti.

La pobre anciana se acercó al toro y, acariciándole el testuz, le dijo:

-Takisé, mi querido Takisé, ¡déjate degollar!

Takisé inclinó el testuz.

Degollaron al magnífico animal; luego lo desollaron y descuartizaron. Entregaron toda la carne al rey glotón, pero éste ordenó que diesen a la vieja la grasa y las tripas.

La anciana puso los restos que le entregara el rey en un cesto y regresó, triste y afligida, a su choza. Metió los restos en una tinaja, recordando apenas la muerte de su querido Takisé.

Y sucedió que, a partir de aquel día, cuando la anciana se levantaba, encontraba la choza limpia y aseada, las tinajas llenas de agua y todos los quehaceres listos.

Intrigada, la anciana resolvió aclarar el misterio.

Una mañana salió de la choza, cerró la puerta y se puso a vigilar por una rendija lo que ocurría en el interior.

Breves instantes después percibió un ligero ruido y luego el rumor de unas escobas que barrían el suelo.

Abrió la puerta de repente y vio a dos lindas jovencitas que corrieron a esconderse en la tinaja.

-No se escondan -les dijo la anciana-. No les haré ningún daño.

Las dos jóvenes se acercaron, entonces, a la anciana y la saludaron cariñosamente.

Y la viejecita les dio un nombre: Ausa a una de ellas y Takisé -en recuerdo del amado toro- a la más linda.

Nadie conocía la existencia de las dos jovencitas, pues jamás salían de la cabaña.

Pero he aquí que un día llamó un forastero y pidió de beber.

Takisé le sirvió bondadosamente.

El forastero, mientras bebía, se fijó en su rostro y quedó tan prendado de su belleza que, sin pérdida de tiempo, se lo comunicó al rey, a quien, precisamente, iba a visitar.

Ordenó el soberano que la vieja se presentase inmediatamente acompañada de la hermosa Takisé.

Cuando vio a Takisé, se quedó tan prendado de ella (jamás había visto belleza más perfecta) que al punto dijo a la anciana:

-Tu hija es bellísima y quiero que sea mi esposa.

-Señor rey -respondió la anciana- no puedo oponerme a tus deseos. Pero quiero que me hagas una promesa: no permitas que Takisé salga jamás al sol ni se acerque al fuego, porque se derretiría como la manteca.

El rey lo prometió.

Pocos días después Takisé era la esposa del soberano.

Llegó un día en que el soberano tuvo que visitar una de sus ciudades lejanas. Y sucedió que sus hermanas, envidiosas, se pusieron de acuerdo para desembarazarse de su cuñada. Sabían

que a Takisé le era funesto el calor.

Las cuñadas dijeron:

-Queremos ver cómo tuestas unos granos de sésamo.

-No puedo acercarme al fuego -respondió Takisé.

-Lo que te pasa es que eres una perezosa -le replicaron-. Tuesta esos granos de sésamo o, de lo contrario, te mataremos y arrojaremos tu cadáver al río.

Asustada, la pobre Takisé obedeció.

Y, ¡oh destino!, mientras tostaba los granos, empezó a derretirse como la manteca al calor del sol y se convirtió en un líquido aceitoso que originó un caudaloso río.

Unos cuantos días después regresó el rey de su viaje y lo primero que hizo fue gritar:

-¡Takisé! ¡Mi Takisé

Una de las hermanas se le acercó y le dijo:

-Durante tu ausencia Takisé se puso a tostar unos granos de sésamo y la pobrecita se derritió como si fuese de manteca y, al derretirse, se ha formado ese río caudaloso que ves allí.

El rey se quedó aterrado, y, loco de dolor, echó a correr hacia el nuevo río formado con el cuerpo de su amada Takisé.

Al llegar a la orilla se transformó el rey en hipopótamo y se sumergió en las aguas en busca de Takisé. Y ésta, que adoraba a su esposo, tomó la forma de caimán y se arrojó también al agua para no separarse jamás del rey, que era su amor.

Por esto, desde entonces, los hipopótamos y los caimanes viven siempre juntos en los ríos y en los esteros.



AUTOR ANONIMO

CÓMO LA SABIDURÍA SE ESPARCIÓ POR EL MUNDO

En Taubilandia vivía en tiempos remotos, remotísimos, un hombre que poseía toda la sabiduría del mundo. Se llamaba este hombre Padre Ananzi, y la fama de su sabiduría se había extendido por todo el país, hasta los más apartados rincones, y así sucedía que de todos los ámbitos acudían a visitarlo las gentes para pedirle consejo y aprender de él.

Pero he aquí que aquellas gentes se comportaron indebidamente y Ananzi se enfadó con ellos. Entonces pensó en la manera de castigarlos.

Tras largas y profundas meditaciones decidió privarles de la sabiduría, escondiéndola en un lugar tan hondo e insospechado que nadie pudiera en contrarla.

Pero él ya había prodigado sus consejos y ellos contenían parte de la sabiduría que, ante todo, debía recuperar. Y lo consiguió; al menos así lo pensaba nuestro Ananzi.

Ahora debía buscar un lugarcito donde esconder el cacharro de la sabiduría; y, sí, también él sabía un lugar. Y se dispuso a llevar hasta allí su preciado tesoro.

Pero... Padre Ananzi tenía un hijo que tampoco tenía un pelo de tonto; se llamaba Kweku Tsjin. Y cuando éste vio a su padre andar tan misteriosamente y con tanta cautela de un lado a otro con su pote, pensó para sus adentros:

-¡Cosa de gran importancia debe ser ésa!

Y como listo que era, se puso ojo avizor, para vigilar lo que Padre Ananzi se proponía.

Como suponía, lo oyó muy temprano por la mañana, cuando se levantaba. Kweku prestó mucha atención a todo cuanto su padre hacía, sin que éste lo advirtiera. Y cuando poco después Ananzi se alejaba rápida y sigilosamente, saltó de un brinco de la cama y se dispuso a seguir a su

padre por donde quiera que éste fuese, con la precaución de que no se diera cuenta de ello.

Kweku vio pronto que Ananzi llevaba una gran jarra, y le aguijoneaba la curiosidad de saber lo que en ella había.

Ananzi atravesó el poblado; era tan de mañana que todo el mundo dormía aún; luego se internó profundamente en el bosque.

Cuando llegó a un macizo de palmeras altas como el cielo, buscó la más esbelta de todas y empezó a trepar con la jarra o pote de la sabiduría pendiendo de un cordel que llevaba atado por la parte delantera del cuello.

Indudablemente, quería esconder el Jarro de la Sabiduría en lo más alto de la copa del árbol, donde seguramente ningún mortal había de acudir a buscarlo... Pero era difícil y pesada la ascensión; con todo, seguía trepando y mirando hacia abajo. No obstante la altura, no se asustó, sino que seguía sube que te sube.

El jarro que contenía toda la sabiduría del mundo oscilaba de un lado a otro, ya a derecha ya a izquierda, igual que un péndulo, y otras veces entre su pecho y el tronco del árbol. ¡La subida era ardua, pero Ananzi era muy tozudo! No cesó de trepar hasta que Kweku Tsjin, que desde su puesto de observatorio se moría de curiosidad, ya no lo podía distinguir.

-Padre -le gritó- ¿por qué no llevas colgado de la espalda ese jarro preciado? ¡Tal como te lo propones, la ascensión a la más alta copa te será empresa difícil y arriesgada!

Apenas había oído Ananzi estas palabras, se inclinó para mirar a la tierra que tenía a sus pies.



-Escucha -gritó a todo pulmón- yo creía haber metido toda la sabiduría del mundo en este jarro, y ahora descubro, de repente, que mi propio hijo me da lección de sabiduría. Yo no me había percatado de la mejor manera de subir este jarro sin incidente y con relativa comodidad hasta la copa de este árbol. Pero mi hijito ha sabido lo bastante para decírmelo.

Su decepción era tan grande que, con todas sus fuerzas, tiró el Jarro de la Sabiduría todo lo lejos que pudo. El jarro chocó contra una piedra y se rompió en mil pedazos.

Y como es de suponer, toda la sabiduría del mundo que allí dentro estaba encerrada se derramó, esparciéndose por todos los ámbitos de la tierra.

AUTOR ANONIMO

KUAKÚ BABONÍ

Hubo una vez un matrimonio. El marido había emprendido un largo viaje y, durante su ausencia, la mujer dio a luz a un niño.

La madre del recién nacido aguardaba, impaciente, el regreso del marido para mostrarle el pequeñuelo, que era un negrito encantador, de ojos risueños y picarescos. Una monada de criatura.

Y he aquí que, a los pocos días del nacimiento del lindo negrito, cuando la madre se preguntaba qué nombre daría al retoño, pasmada de asombro, oyó que el hijito exclamaba:

–¡Mi nombre es Kuakú Baboní!

Mas al siguiente día aumentó su asombro. La mujer gruñía porque, debido a la ausencia del marido, no podía ir al bosque a recoger leña, cuando el precoz negrito, que no contaba más que de siete a ocho días de edad, dijo:

–Yo iré al bosque.

Y así lo hizo. Se fue a recoger leña y regresó con medio bosque a cuestas.

Tendría mes y medio tan sólo cuando su madre tuvo que ir hasta el río a lavar ropa y dejó al prodigioso negrito en casa, durmiendo en su cuna.

De regreso encontró en la puerta a todo un ejército de negritos que armaban un formidable escándalo.

–¡Tu hijo nos ha pegado! –le dijeron lloriqueando.

–¡Mi hijo! –exclamó la madre, estupefacta–. ¡Si es mi pequeño un niño de teta y vosotros sois ya unos grandulones! Además, está en la cuna, donde lo dejé hace poco, durmiendo como un bendito.

Y para convencerlos, los hizo entrar.

Pero, ¡oh desencanto!, por más que buscaron, no pudieron encontrarlo por ninguna parte. Y la madre tuvo que presentar excusas a los muchachos para que le perdonaran, pues era muy pequeño y no sabía lo que hacía.

Y para mayor burla, al cabo de un rato, el niño llegó con mucho sigilo y, sin que nadie lo advirtiera, se subió él mismo a la cuna.

Tantas y tantas fueron las travesuras y fechorías del precoz negrito, que sus padres, espantados, creyendo tener en su casa a un verdadero diablillo y lo echaron de la choza, prohibiéndole que pusiera nuevamente los pies en ella.

Y el negrito, en vez de entristecerse, partió silbando alegremente.

Anda que te anda, al anochecer divisó una linda casita. Vivían en ella, juntos y en franca armonía, muy felices, un león, un tigre, un lobo, una cabra y un elefante.

He de advertir que, en aquel tiempo, los animales



hablaban y se querían como hermanos. Jamás se peleaban y se ayudaban mutuamente.

Los animales de nuestra historia: el lobo, la cabra y el elefante que vivían fraternalmente, estaban sentados aquel atardecer alrededor del fuego, fumando en pipa y contándose leyendas heroicas y cuentos de hadas, de los que mucho gustaban.

Cuando llegó el pequeño negrito, saludó cortésmente a la familia de animales y les pidió permiso para permanecer entre ellos, ofreciendo servirles como criado, pues agregó ser huérfano de padre y madre.

La Cabra, que, por ser la más joven de la familia, estaba encargada del trabajo doméstico, dijo:

–Aceptemos sus servicios. Así tendré quien me ayude en la pesada labor de la casa, ya que, mientras ustedes pasean o toman el sol, tengo que atender todas las cosas.

Los animales conferenciaron y accedieron. Luego le invitaron a cenar. El negrito aceptó complacido y engulló cuantos manjares le presentaron; parecía no haber comido en su vida, de tal modo lo devoraba todo.

Los cinco animales acostumbraban ir, por riguroso turno, a una finca que poseían a unos kilómetros de distancia, en busca de provisiones para el sostenimiento de la casa; era ésta una labor de todas las mañanas.

Y como a la mañana siguiente a la llegada de nuestro negrito le tocaba a la Cabra, ésta pidió que el negrito la acompañase para ayudarla a traer el cesto.

Y así se acordó. Entregaron el cesto a Kuakú Baboní, y éste, muy contento, echó a andar tras la Cabra.

Cuando llegaron a la finca propiedad de los cinco animales, el negrito dejó en el suelo el cesto y echó a correr de un lado a otro, jugando y curioseándolo todo.

Fue inútil que la Cabra le llamara la atención y que le amonestara

para que fuese en su ayuda; él proseguía en sus juegos y en sus fisgonerías. Tanto, que ya la Cabra se enfadó, y, llevada de los nervios, le dió unos tirones de orejas con la consabida reprimenda.

Mas ¡cuál no sería su estupefacción, al ver que Kuakú Baboní le propinaba un formidable puñetazo que la tiraba al suelo, rodando! Y hubo más: lanzándose sobre ella, le dio una paliza soberana, hasta que la Cabra, extenuada, pidió gracia.

Pero Kuakú Baboní siguió aporreándola hasta que ella juró terminar el trabajo, dejándole en paz con sus diversiones, llevar el cesto lleno de provisiones y no decir a nadie ni una sola palabra de lo ocurrido.

Sólo entonces Kuakú Baboní permitió que la Cabra se levantara del suelo, donde la tenía acorralada. Estaba llena de contusiones y tenía un ojo hinchado y el labio partido; lo que vulgarmente se dice, una verdadera calamidad.

legado el momento del retorno, la Cabra cargó, sobre su cabeza, con el cesto lleno de provisiones y emprendieron la marcha.

Al llegar cerca de la choza, Kuakú Baboní tomó el cesto, aparentando la ayuda que no había prestado. Y así llegó con la Cabra.

Extrañados los animales del lastimoso aspecto que presentaba su compañera, le preguntaron qué le había ocurrido.

–Tuve la desgracia –explicó la Cabra– de tropezar con un enjambre de abejas cuando estaba recogiendo las provisiones. Me aguijonearon y me dejaron en el deplorable estado en que me ven.

A la mañana siguiente le tocó al Lobo, y se fue a la finca acompañado de Kuakú Baboní. También aquél regresó con el rostro hinchado y el cuerpo lleno de contusiones.



La Cabra, adivinando lo ocurrido, oyó las explicaciones que dio el Lobo sin poder contener una sonrisa hartamente significativa.

Luego, la Cabra y el Lobo hablaron de lo sucedido, extrañando que una criatura tan chiquitina como Kuakú Baboní tuviese fuerza tan enorme y osadía tan singular.

Todos los días, por la mañana, uno de los animales, el que le correspondía, iba a la finca e, infaliblemente, regresaba hecho un desastre. Por fin, habiendo corrido todos la misma suerte y no habiendo motivos para disimular, celebraron concilio con el único y exclusivo objeto de estudiar el modo de desembarazarse de Kuakú Baboní, la más terrible de todas las criaturas.

Acordaron abandonar la choza y dejar en ella a Kuakú Baboní como solo propietario.

Antes de emprender la fuga para librarse de aquella terrible criatura, prepararon, con gran reserva, un cesto lleno de provisiones, a las que agregaron los utensilios indispensables de cocina: un jarro para la leche, una cacerola, cinco calabazas que les servían de platos, una gran cafetera y las diferentes pipas de la cuadrilla.

Desgraciadamente para ellos, Kuakú Baboní se enteró de sus proyectos. Y, sin que ellos ni siquiera lo sospecharan, cogió una hoja de árbol, muy grande, se introdujo en el cesto y se envolvió en aquella, cosa muy factible para Kuakú Baboní, porque ya sabéis que era muy chiquitín.

Al amanecer, sin el menor ruido por temor a despertar al terrible Kuakú Baboní, la pandilla emprendió la fuga. Sentían ganas de saltar, de brincar, de cantar y de reír, al verse libres del terrible negrito.

Y cuando ya habían andado algunos kilómetros de su antigua morada la Cabra, que llevaba el cesto de provisiones sobre la cabeza, sintiéndose fatigada, se detuvo un instante a descansar.

Entre tanto, sus compañeros proseguían el camino y los perdió de vista; se acordó de los manjares que llevaba y le entraron deseos

de comerse un bocadillo, sin que ellos lo vieran; la Cabra era muy glotona. ¡Cuál no sería su sorpresa y asombro! Al levantar la tapa del cesto, recibió una formidable trompada al mismo tiempo que oía una voz que le decía:

—¡Cierra el cesto y a callar se ha dicho!

le faltó tiempo a la Cabra para obedecer y echó a correr tras de sus compañeros, aterrada por aquella terrible criatura.

Y así que los divisó los llamó y exclamó luego:

—¡Lobo, ahora te toca a ti cargar con el cesto! ¡Yo estoy muy cansada!

El Lobo tomó la carga. Pero, al poco, recordando también las sabrosas provisiones que contenía la cesta, fingiendo estar fatigado, se detuvo a descansar un instante. Y cuando sus compañeros se hubieron distanciado un largo trecho, abrió el cesto. Y recibió un formidable puñetazo, como el que la Cabra había recibido antes. Dejó caer la tapa del cesto y reanudó la marcha muy ligero para alcanzar a sus compañeros.

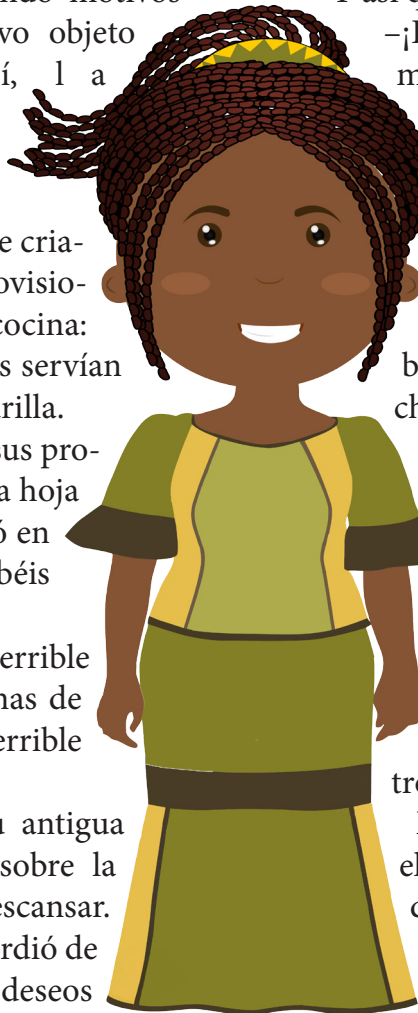
El León y el Tigre, uno tras otro, llevaron el cesto. Y los dos, a cual más glotón, levantaron la tapa del cesto de provisiones para engullirse alguna golosina. Y los dos, respectivamente, recibieron un puñetazo soberano.

Le tocó el turno al Elefante, que también recibió una trompada. Cuando se reunió con los demás y pidió que le librasen de la carga, todos exclamaron:

—¡Si no quieres seguir llevando el cesto, tíralo; nosotros, ya estamos cansados de cargar con él!

El Elefante, al oír estas palabras, tiró precipitadamente el cesto y echó a correr como alma que lleva el diablo, en dirección al bosque.

Sus compañeros echaron una mirada al cesto y apretaron a correr tras el Elefante, también hacia el bosque.



Continuaron así corriendo todo el día y toda la noche, sin descansar, hasta que se internaron en el bosque. Rendidos de fatiga se echaron a descansar junto a un baobab, gigante entre los árboles.

Pero el terrible Kuakú, al caer el cesto, salió y echó a correr a campo traviesa, en dirección al bosque. Sabía que los fugitivos descansarían a la sombra del gigantesco baobab. Trepó a una rama y se ocultó entre el follaje.

Los animales, rendidos de cansancio, y tendidos al pie del baobab se enzarzaron en una violenta discusión. Todos censuraban a la Cabra por haberles propuesto que tomaran a su servicio aquella terrible criatura.

La Cabra, indignada, replicó:

–¡Fue de común acuerdo el tomarle a nuestro servicio!

Y añadía:

–¡Yo no tengo la culpa! ¡Si ese diablillo estuviera presente me daría la razón! Es más: los culparía a ustedes.

Al oír estas palabras, Kuakú se dejó caer entre los animales que allí discutían. Poseídos de terror, los cinco animales huyeron en direcciones distintas.

El Lobo corrió hacia la estepa; el Tigre se escondió en el bosque; el León no paró hasta llegar al desierto arenoso; el Elefante huyó hacia la región de Nigeria, y la Cabra fue a pedir protección a las regiones habitadas por los hombres.

Y desde entonces, viven separados y en lugares tan diferentes; su vida es muy otra a la que observaban cuando, bajo el mismo techo, vivían fraternalmente.

En cuanto a Kuakú Baboní, la más terrible de todas las criaturas, continúa vagando por el mundo para terror y espanto de todos los animales, que temen su presencia en cualquier instante.

Pues han de saber que el Lobo, el León, el Elefante, el Tigre y la Cabra advirtieron a sus hijos que se cuidaran muy mucho de tener el menor trato con la más terrible de las criaturas de la creación, Kuakú Baboní.

Por esto, por haber sido advertidos, muchos de los descendientes de aquellos animales, como tienen buena memoria, huyen, desconfiados, en cuanto divisan o huelen la presencia del hombre.

